

Beatriz, sus místicos amores, su vida ultramundana y eterna en el cielo, su aparición en espíritu para consolar, purificar y guiar á quien la ama, todo esto debe ser realidad: no debe ser ilusión, ya que la ilusión, por santa que se la suponga, es concepto sin verdadera realidad, sugerido por la imaginación ó causado por engaño de los sentidos. ¿Y cómo ha de poder tan engañoso concepto ser único fundamento de la dignidad del hombre, de su virtud y entereza y de su posible bienaventuranza? Una vez desvanecida la ilusión, porque no podrá menos de desvanecerse al cabo, cuanto en ella se funde, se desvanecerá y fenecerá con ella.

Lejos de exclamar con Dante:

. Bendita seas,
Santa ilusión, que nuestra pobre vida
Dignificas, levantas y hermo seas,

tendremos que exclamar con otro poeta no menos desesperado que en esta ocasión Núñez de Arce:

Encontré mi ilusión desvanecida
Y eterno é insaciable mi deseo;
Palpé la realidad, oí la vida;
Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Lo que conviene creer, por lo tanto, es que Dante emplea la palabra ilusión en sentido irónico para expresar la más real, evidente y sublime de las rea-

lidades. Y si no quisiésemos ó no nos atreviésemos á prestar dicho tono de ironía á lo que Dante dice y á lo que repite después Núñez de Arce exclamando

Sin el vivo calor, sin el fecundo
Rayo de la ilusión consoladora,
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

todavía tendríamos un recurso para explicarlo todo. Lo que verdaderamente es ilusión y no realidad, es el contenido del poema titulado *La selva oscura*: ensueño horrible, pesadilla tremenda, de la que logra libertarse el poeta cuando despierta y dice:

¡Lejos de mí las sombras que á deshora
Llenan de espanto la conciencia humana!
Y al decir esto, penetró la aurora
En torrentes de luz por mi ventana.

Hay que considerar además que el estilo de la poesía es el de la pasión y sus raptos, y se concier- ta mal con la dialéctica mesurada y fría llena de distingos y salvedades. También me inclino yo á recelar que otra causa de que propendan no pocos poetas y entre ellos Núñez de Arce, á caer en un abatimiento pesimista, es cierta preocupación que suele mostrarse en ellos, no ya desde que apareció la secta quejumbrosa de los románticos, sino desde veinticinco siglos antes cuando menos. Aristó-

teles nota esta preocupación, se burla de ella y la censura en su *Metafísica*. Consiste la preocupación en imaginar que Dios no quiere que el hombre trate de conocerle por el mero empleo de la razón que le ha dado, y que Dios, por consiguiente, castiga al alma osada

Que aspira loca, en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada
A descubrir el insondable arcano.

La cual sentencia de otro egregio poeta de nuestros días, es casi equivalente á la frase la *funesta manía de pensar* que tan mal suele parecernos en prosa y en los labios ó en la pluma de los retrógrados y absolutistas.

No me toca dilucidar aquí si tal preocupación tiene ó no algún fundamento, pero me parece que no debe tenerle, y que Dios, que es tan bueno, no ha de complacerse en trastornar los pensamientos de quien aspire á conocerle y en humillar su soberbia, haciendo que piense y diga mil blasfemias y disparates. Si yerra el que filosofa, es porque su razón es limitada y aspira en balde á comprender lo infinito; pero Dios, lejos de castigarle por ello, es de esperar que le perdone, diciendo como le hace decir Goethe en el prólogo de Fausto: *el hombre yerra mientras aspira*.

En cuanto al sapientísimo maestro de Alejandro,

veamos cómo se expresa al hablar de la filosofía: "Según Simónides, Dios solo la posee, y el hombre ni de aspirar á ella es digno. Dicen los poetas que Dios es celoso, sobre todo en este punto, por lo cual castiga á los audaces que se atreven á filosofar; pero los poetas son embusteros si nó engaña el refrán. Dios ni nos envidia ni nos castiga. No hay ciencia más honrada que la filosofía. Es divinísima, ya porque es Dios quien la entiende, ya porque es de Dios de quien ella entiende; la entiende sólo Dios por completo; y entiende ella, ó trata principalmente de Dios porque Dios es causa y principio de todo, y ella de causas y de principios trata. Por eso son más útiles todas las otras ciencias, pero ninguna es más sublime."

Retrayendo á la memoria ó teniendo presente párrafo tan juicioso, y bien podemos llamarle igualmente tan sedativo, debiera calmarse ó mitigarse al menos la furiosa desesperación de los poetas porque no descubren la verdad toda. ¿Por qué hemos de asegurar con Leopardi que *todo es arcano*, salvo nuestro dolor? En ese todo arcano puede aún, como en las primeras edades del mundo, la fe religiosa sostener la existencia real y no ilusoria de los seres inmortales que por revelación conoce y puede la imaginación crear allí como rico suplemento de la creencia dogmática, en quien por desgracia no sea muy firme, cuantos genios, nin-

fas, ondinas, sílfides y salamandras le convenga crear para su consuelo y espiritual deleite.

De las consideraciones que dejo expuestas, infiero yo que no hay motivo bastante para la espantosa desesperación que muestran los poetas en nuestros días y para lamentarse tan desoladamente porque dudan. La duda no es más que la limitación naturalísima de nuestra facultad de conocer. Más allá de los límites de lo conocido está y estará siempre ese *todo arcano*, cuya inmensidad es tal que no la achican sino que la hacen aparecer más grande cuantos son los peregrinos descubrimientos y progresos de las ciencias experimentales.

Nuestro inspirado compañero habla ó canta en sus mejores momentos, con la doctrina que acabo de exponer aquí. Ciertamente es que en la bellísima *Última lamentación de Lord Byron* pone en boca del autor del *Manfredo* las mismas dudas que á él suelen atormentarle: hasta llega á dudar de sí el genio no es más que locura, sobreexcitación ó desequilibrio de nuestras facultades mentales. Al cabo, no obstante, vuelve á más sano modo de pensar, hace brillante apología de la razón humana y la declara libre para investigar toda verdad y para penetrar, si es posible, en todo misterio. Por tal empeño no se enoja Dios ni le castiga. Dirigiéndose á Dios mismo, le dice el poeta:

Si la insaciable sed de lo infinito
Que aguija mi razón es un pecado,
Si únicamente para el mal existe,
Responsable no soy. ¡Tú me la diste!

Después confiesa que ha dudado mucho y que duda aún, pero declara, que de la existencia de Dios no ha dudado nunca. Su convicción deísta es tan honda, que le mueve á escribir la siguiente octava:

Si chocaran haciéndose pedazos
Los astros con horrible desconcierto;
Si rotos ¡ay! de la atracción los lazos
Se desquiciara el universo muerto;
Si quedara al impulso de tus brazos
El espacio sin fin, mudo y desierto,
Y el tiempo con sus noches y sus días
Dejara de existir, tú existirías.

Aun va más allá el poeta en sus afirmaciones de creyente, condenando al que reniega de Jesús é invocando el dulce nombre de María. ¿Por qué, pues, y vuelvo á mi tema, tanta desesperación y tanta duda? Al dudar no ¿tira el poeta á desautorizarse á sí mismo para el oficio ó menester de conccionante al que por naturaleza se inclina? La verdad es que tales alternativas de fe y de duda, de desaliento y de confianza son rasgos tan propios y tan inevitables en el carácter de la poesía lírica,

que si bien yo no los aplaudo tampoco los censuro. Me limito á exponerlos aquí. Lo que sí debe aplaudirse y lo que aplaudo yo sin restricción alguna es el amor de la libertad, del progreso, del arte y de la misma poesía, que inflama con su fuego todas las magníficas octavas de *La última lamentación de Lord Byron*, poema realzado además por los entusiastas elogios de las antiguas glorias de Grecia y por la patética narración de las crueldades de Alí Bajá y de la trágica rueda y heroica muerte de las mujeres suliotas.

Así en esta como en otras interesantes narraciones, despliega Núñez de Arce poderosa y lózana fantasía, raro talento descriptivo y aptitud pasmosa para versificar con natural y sencilla afluencia, que no menoscaba, sino que presta mayor brío y lustre á la elegancia de la dicción poética. Las décimas de *El vértigo* son un dechado de perfección en este género. En mi sentir superan en mérito á los tercetos de *Raimundo Lulio*, piadosa leyenda en que el poeta nos refiere la juventud y los vehementes amores de aquel extraño sabio mallorquín, mártir entusiasta después de la fe cristiana. Lástima es que tan poética leyenda vaya precedida de una dedicatoria, donde se empeña Núñez de Arce en prestar á los sucesos que refiere una significación simbólica que no queremos aceptar. La casta y hermosa doncella que enamora á Lulio y que púdica y honestamente

también está de él enamorada, no puede ni debe ser el símbolo de la ciencia profana y orgullosa que aparta al hombre de su Dios, antes debe ser, hasta por el mismo mal que le destroza el pecho y le quita la vida, aparición terrenal del alma immaculada y dolorosa que presta con su sacrificio la luz del desengaño á su amante y le muestra la buena senda. Fuera de esto, y como caso singular y único en nuestro poeta, me atrevo yo á notar algo de prosaísmo en la mencionada dedicatoria. Echemos la culpa á los distingos dialécticos que en poesía no caben. Abomina el poeta de la incredulidad, del depravado espíritu de análisis que nos quita la fe y nos induce á negar, pero recuerda en seguida que es liberal en prosa y que es fiel á su partido y proclama la libertad de conciencia y la tolerancia religiosa de que siempre fué partidario.

Cuando en felices momentos Núñez de Arce no estuvo ó estuvo menos atribulado por sus dudas, mostró que su lira era capaz de todos los tonos y compuso lindísimos versos, ora inspirado por dulces y melancólicos recuerdos, como en el tan popular y celebrado *Idilio*, ora estimulado por halagüeñas y patrióticas esperanzas, como en la elegía á la muerte de Alejandro Herculano. Elocuente y sentido es el elogio que hace de aquel erudito y profundo historiador de Portugal, lírico de notable mérito, ingenioso novelista, y por la noble rec-

titud é independencia de carácter, gloria de su patria; pero avalora más aquella elegía la expansión generosa con que su autor dilata su patriotismo por todo el reino vecino y proclama la fraternidad y anhela la unión íntima de portugueses y castellanos.

Nuestro poeta ha lucido también su ingenio en cierta clase de composiciones de alguna novedad en nuestros días, y de las que son modelos, aplaudidísimos en todas las naciones cultas, *Herman y Dorothea*, de Goethe, y *Evangelina*, de Longfellow. En estos poemas breves, ó más bien novelitas en verso, cuyos personajes son por lo común del estado llano y á veces de la ínfima plebe, se refieren sucesos de la vida privada, dando al referirlos ocasión de describir campos, jardines, mares y otros objetos, ya naturales ya artísticos, así como las faenas y ejercicios más comunes y ordinarios, en todo lo cual no deja de haber mucha y excelente poesía que resplandece ante los ojos del poeta y que el público ve y siente cuando el poeta sabe mostrarla. Ningún ser sobrenatural suele intervenir en estos poemas. La pintura de las pasiones y actos humanos, del teatro del mundo, de la sociedad contemporánea y del medio ambiente en que aparecen, basta á realzarlas y á hacerlas interesantes.

En la mencionada clase de poesía, Núñez de Arce ha dado al público producciones muy hermosas. Una de ellas, cuyo título es *Maruja*, agrada en

extremo por la descripción de la quinta y del huerto donde viven en dichoso retiro el Conde de Vitoria y su enamorada consorte, y por la gentil manera con que nos retrata y presenta á ambos esposos y con que nos cuenta las dulzuras, y la felicidad de sus conyugales amores. Acaso haya en *Maruja* algo que, contado en prosa, nos parecería precipitado y hasta inverosímil; pero la poesía tiene alas con que nos arrebató y con que precipita los casos. llevándonos á prescindir de la medida del tiempo, Embelesados por los bonitos versos del poema, no extrañamos que la andrajosa Maruja, á quien el guarda trae asida de una oreja porque ha entrado á merodear en el cercado ajeno, hechice y conmueva tanto á la condesa, deseosa de tener una hija, que de repente la adopta por tal, con las más apasionadas muestras de ternura y con el beneplácito de su marido.

En otro cuento ó poema por el mismo estilo, *La pesca*, no hay precipitación ó inverosimilitud semejante. El lugar de la escena está ricamente pintado, sin prolijidad minuciosa, y los personajes que figuran en la acción aparecen vivos y reales. Miguel y Rosa son hermosos de alma y de cuerpo; y la madre de Rosa, el virtuoso cura de la aldea y hasta el viejo marinero, que lamenta la muerte de su hija, se nos hacen muy simpáticos por la bondad y nobleza de los caracteres, sin incurrir nunca, ni

en dichos ni en hechos, en alambicado y falso sentimentalismo, impropio de la sencillez campesina. En *La pesca* sólo hay, á mi ver, un personaje que huelga ó está de sobra, perturbando un poco la armonía del conjunto. Es este personaje el amigo de Miguel, el cual, prendado de Rosa, la codicia y se siente envidioso de su amigo. Despistado el lector, recela que la tragedia va á surgir de esta pasión oculta y pecaminosa, pero la tragedia sobreviene sin que la motive ni ocasione la voluntad del hombre. En una terrible galerna naufraga la barca en que Miguel ha salido á pescar, y Miguel muere. El cuadro de la tempestad, los esfuerzos de los marineros por salvarse, la angustia y desolación de Rosa, la caridad y el valor del padre cura y sus generosos esfuerzos para evitar el naufragio, y por último, el terror y la piedad de los habitantes de la aldea, todo está tan bien trazado, que despierta y sostiene vivo interés en los lectores y les causa emoción profunda.

En otras composiciones cortas de Núñez de Arce, como por ejemplo, en el *Crepúsculo vespertino* y en *La esfinge*, se admiran el vigor del estilo para describir sobriamente y la habilidad y el dominio con que manejado el lenguaje se ajusta sin violencia á lo que exigen el metro y la rima en la más artificiosa de sus combinaciones, cuales son los sonetos.

Maestro en el arte de rimar y tan pronto para hallar los consonantes que se diría que acuden á su llamada con el significado más propio que á su idea conviene, todavía se distingue Núñez de Arce en los endecasílabos libres, tan desmayados y flojos casi siempre en España hasta que Moratín enseñó á escribirlos primorosísimos y sonoros, tomando por modelo los que en Italia se escribían. No afirmaré yo, porque las comparaciones son odiosas, que Núñez de Arce supere en esto á Moratín, ni que siquiera se le iguale, pero sí me atreveré á sostener que los endecasílabos libres en que comenta el encomiadísimo monólogo de Hamlet, y no pocos de *La visión de Fray Martín*, son de los más elegantes y briosos que en castellano se han escrito.

En toda *La visión de Fray Martín* hay un poderoso esfuerzo de fantasía. Por este concepto es, sin restricción, mi alabanza. Lo que no me siento con fuerzas para emprender es la interpretación ó la explicación de todo aquél á modo de ensueño, que según el poeta, hubo de tener Lutero. Sólo tengo por cierto que no pudo nacer la Reforma de las dudas de aquel audaz heresiarca. De las dudas que atormentan y desesperan, no nace la actividad, sino el abatimiento. La rebeldía de Lutero, tan importante en la historia de la Iglesia y en la historia de la civilización de Europa, no fué porque Lutero

dudase, sino porque se convenció y persuadió, aunque fueran causa de su persuasión y convencimiento, el demonio de la ambición, el anhelo de notoriedad, la emulación del germano contra el latino y el sentimiento de escándalo, á par que de envidia, al contemplar las grandezas, elegancias y profanos esplendores de la corte romana, donde en ciencias, letras y artes renacía la gentilidad clásica amenazando eclipsar la luz del Evangelio. No negaré yo que Lutero dudase. ¿Quién no duda antes de creer, de saber ó de convencerse? Lo que yo afirmo es que Lutero nada hizo mientras dudó. Lo que hizo fué afirmando y negando intrépidamente.

En mi sentir hay un linaje de duda juiciosa y benéfica, que no puede desesperar á nadie que esté en su cabal juicio. Viene á ser tal duda el humilde reconocimiento de la insuficiencia de nuestra razón para descubrirlo y penetrarlo todo y de la escasez de nuestras fuerzas y medios para lograr cualquier fin ó propósito sin el divino auxilio. Es tan buena tal duda, que va implícita en el temor de Dios y por él y con él es principio de sabiduría. Tal duda entra también en toda bendición, en el saludo cordial y en el parabién afectuoso, siempre acompañado de la plegaria. Por eso decimos: Dios te guarde, Dios te ampare, Dios te dé su gracia y Dios te bendiga. Tal duda precede á la ciencia, por-

que sin dudar de la verdad de un sistema, de una hipótesis ó de una teoría, ni habría progreso ni llegaríamos á la certidumbre. Y tal duda es, por último, fuente de poesía, ya que lo inexplorado, lo incógnito ó lo dudoso es inmensidad por donde la imaginación se explaya y en donde muestra su virtud creadora.

Cuando dice Petrarca, hablando del sol en su ocaso, que va á iluminar á gente que allá muy lejos quizás le espera, el adverbio *quizás*, expresión de su duda, es lo que presta poesía al dicho de Petrarca. Dos siglos después tal *quizás* ó tal duda es imposible, así como la poesía que de esta duda nace. Pero la duda sobre objetos más trascendentales persistirá siempre. Nada más falso que lo que, impugnando otras sentencias suyas, asegura Leopardi, de que está descubierto *el indigno misterio de las cosas*. El misterio no está descubierto, pero nos consta que no es indigno, sino incomprensiblemente maravilloso. Salir de duda sobre cuanto de él se ignora sería pretensión más absurda que la de dejar el mar en seco sacando agua con una escudilla.

Estimo yo, por consiguiente, que ni la duda desesperada que nos abate y enerva, ni esta otra excelente duda de que he hablado, agitaron el alma de Lutero y causaron la Reforma, en la cual hubo á mi ver, más retroceso que progreso, porque rom-

pió la unidad primordial de la civilización europea, sembró el odio ó el desprecio entre las naciones y exacerbó la intolerancia y el fanatismo en vez de mitigarlos.

Cuando sobrevino la revolución más radical que ha conmovido á España en el pasado siglo, revolución que acarreó más desventuras que ventajas y que tuvo tan lastimoso y poco lucido remate, las dudas y la aflicción de nuestro poeta se acrecentaron y llegaron á su colmo. Entonces publicó los *Gritos del combate*, que le han conquistado tan envidiable y merecida fama.

Núñez de Arce compuso casi todas aquellas poesías bajo el influjo de una tremenda obsesión que perturba á multitud de pensadores de la edad presente.

Todos concuerdan, y la concordancia parece razonable, en que las muchedumbres, las gentes, la plebe, el vulgo, ó como queramos llamarlo, cuando pierde la fe religiosa, fundamento de la ley moral y freno de los malos instintos, sólo á la fuerza se somete, ya que no emplee y se valga de la fuerza para trastornar el orden social, minando y destruyendo las bases seculares en que se asienta y reposa. A fin de remediar tanto daño, los pensadores han cavilado mucho, y en mi humilde opinión han desatinado más, si bien nuestro poeta, dicho sea en honra suya, no ha aceptado los que yo juzgo

desatinos. ¿Por qué dividir la historia en períodos arbitrarios y suponer que hubo la edad de la fe y que ahora estamos en la edad de la razón, con la fe irremisiblemente perdida? ¿Por qué lamentar esta pérdida dándola por cierta, como hace, por ejemplo, Renán, y procurar, no obstante, con sus escritos que sea cierta la pérdida, aunque en realidad no lo sea? La humanidad sin fe no se concibe. Sin fe se detendría en su marcha, porque la fe es el estímulo que la mueve y el luminoso faro que la guía. En nuestro poeta tal vez la pasión eclipsa por momentos la luz de esa fe; pero nunca la apaga. Injusto contra sí mismo hasta con el título *Gritos del combate*, se despoja de autoridad en su despecho. Tales gritos presuponen denuedo, indignación elocuente y varoniles arrebatos de cólera; todo menos la serenidad y el despejo que la enseñanza y el pronóstico requieren. A la poesía docente se oponen los gritos apasionados y belicosos.

Para poner término á este prolijo análisis y dictar mi fallo, aunque nada autorizado, franco y leal, me atreveré á citar algunos párrafos de lo que en otra ocasión dije sobre este asunto, ya que reconozco que lo que entonces dije vale mucho más que cuanto yo acertaría á expresar ahora, ciego y fatigado por el peso de los años.

La duda y el temor que asaltan á menudo al poeta acaban por disiparse, ó más bien se convier-

ten en afirmación y en esperanza. En ninguna de sus obras brilla más esta esperanza y aparece esta afirmación más segura é inquebrantable, que en los últimos versos que ha dado á la estampa con el título de *Sursum corda*. En ellos exclama el poeta:

¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!

brinda á su patria abatida y triste, bálsamo de esperanza y consuelo, y prorrumpe en un himno eucarístico á la providencia de Dios, combinado con alegres vaticinios y con sonoras alabanzas á la civilización europea.

Antes de alcanzar y de cantar victoria, el poeta, sin embargo, ha vacilado y combatido mucho. Las quejas, las diatribas, las sátiras y los anatemas contra la incredulidad, los vicios y los pecados de la edad presente, han precedido al hermoso epinicio en que casi sin restricción la glorifica, profetizando venturas y triunfos mayores. Incondicionalmente, con tal de que se crea y se espere en Dios, el poeta confía en la constante ascensión del humano linaje, aunque en su marcha progresiva salte por cima de antiguas y venerandas doctrinas é instituciones.

Podrán caer las religiones todas, podrán arrasarse todos los templos, pero ningún cataclismo por tremendo que sea,

..... Hará temblar la inmovible base
De la admirable catedral inmensa,
Como el espacio transparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo.

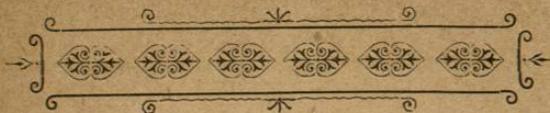
La plena y omnimoda confianza en los altos destinos del hombre no puede manifestarse con mayor claridad y arrogancia ni más independientemente de todo: hasta de las religiones tradicionales y positivas.

Para que se comprenda que al aplaudir á Núñez de Arce no afirmo ni niego yo las doctrinas que alternativamente sostiene, añado aquí lo que también dije en el ya citado escrito.

Cuantos son los problemas religiosos, filosóficos, sociales y políticos que interesan hoy á la humanidad, agitan y enardecen su alma; y él, con lealtad y franqueza que le salvan de la inconsecuencia, ya que no los resuelva, los presenta á nuestra consideración en resplandecientes y atrevidas imágenes.

Esto basta para la gloria del poeta, si penetramos en el mundo encantado que supo crear, deponiendo las armas de rastrera dialéctica y no provistos de mezquinas objeciones, sino con el áureo y frondoso ramo de que Eneas se apoderó por mandato de la Sibila: con algo del poder taumátúrgico que

nos abre la morada misteriosa y esquiva de las visiones sobrehumanas. Esto basta, en suma, para que sin jactancia contemos al que fué nuestro compañero y amigo, entre los más inspirados, briosos y elegantes poetas que en el siglo XIX, tan fecundo en poesía lírica, han florecido en España.



**ELOGIO DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS
DEL CASTILLO. (1)**

Con indulgencia y bondad tan grandes que nunca sabrá ni podrá pagar cumplidamente mi gratitud, fui elegido por segunda vez, hace ya tiempo, individuo de número de esta Real Academia. Convidado generosamente á tomar en ella asiento estuve ya otra vez. Abandono ó desidia, que carecería de disculpa si la modestia no se la diese, me impidió entrar aquí entonces. Ahora es menester que á esa modestia mía y á esa desconfianza de mis propias fuerzas se sobreponga un deber ineludible, á fin de que yo, saltando por cima de las dificultades que me atajan el paso, ó dando un rodeo para esquivarlas, escriba mi discurso de recep-

(1) Discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el día 18 de Diciembre de 1904.